

LA TEOLOGIA DEL PAPADO EN LOS ESCRITOS DE SANTA CATALINA DE SIENA

PEDRO RODRIGUEZ

Catalina de Siena fue una mujer inflamada en el amor de Dios de una manera fuera de lo común, en el sentido incluso del «común de los santos». La presencia en su espíritu del don de sabiduría, unida a su temperamento fogoso y ardiente y a su delicada intuición femenina, dan a Catalina de Siena un modo de *mirar* a la Iglesia en el que se unen la simplicidad, la agudeza y una profundidad teologal que es fruto directo de la acción del Espíritu Santo en su alma. No son palabras, las suyas, propiamente «teológicas», en el sentido de un discurso racional sobre la fe, que trabajosamente avanza, analiza y deduce. Son, como he dicho, «teologales»: diagnostican de manera directa e inmediata y hacen que aparezca con luz inopinada y en toda su impresionante verdad los elementos del misterio de la Iglesia que en cada caso aborda.

Para Catalina la Iglesia es, ante todo, una realidad sobrenatural, misteriosa, mística¹. Pero para ella esto no significa en absoluto cosa «celeste» o desencarnada, sino la vida misma de Dios presente y operante en la historia humana. La Iglesia a la que sirve Catalina es el Cuerpo Místico de Jesucristo y la Esposa del Verbo Encarnado, que tiene toda la santidad de su Señor y Cabeza y a la vez está formada por hombres y mujeres llenos de miserias, e incluso pecados. A esa realidad concreta sobrenatural, que es la Iglesia, Catalina la amaba de la manera más entregada y llena de pasión, hasta el extremo de dar su vida por ella. En su lecho de muerte, a los 38 años de edad, le decía a su confesor: «si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia».

No nos vamos a ocupar de este patrimonio teologal y eclesial, de extraordinaria riqueza. Pero recordarlo era sin embargo necesario para

1. Vid. por ejemplo *Diálogo*, cap. XXIII, donde desarrolla el tema de la Iglesia Cuerpo Místico en relación con el tema de la Viña: «Vosotros (los fieles cristianos conscientes de su responsabilidad: Catalina entre ellos) sois trabajadores míos, a los que he puesto a trabajar en la viña de la Santa Iglesia». Con frecuencia Santa Catalina emplea la expresión «Cuerpo Místico» para designar al conjunto de los Pastores con el Papa.

poder presentar en sus grandes rasgos la doctrina de la Doctora de Siena sobre la naturaleza y función del Papa en la Iglesia², que es el tema que he elegido para mi contribución al homenaje al Prof. Goñi Gaztambide.

* * *

Catalina no teoriza acerca de la naturaleza del Papado ni de la sucesión apostólica. Ella nos habla del Papa y de su ministerio con ocasión del drama que atraviesa la Iglesia. Catalina «vive» el misterio del Papa en la Iglesia y se lo recuerda al Romano Pontífice. Su palabra en este punto no es *primariamente* doctrinal: es palabra que incita a la respuesta de fe, a *vivir de fe*, lo cual presupone la posesión de la *doctrina de la fe*. Catalina, en efecto, no argumenta para *probar* la doctrina sobre el Papado. Hace más bien lo contrario: parte de esa doctrina como de un dato de fe y habla y ora para proponer desde la fe la praxis histórica de esa doctrina. Lo que ella propone al Papa de Avignon (Gregorio XI) y luego a Urbano VI es la simple consecuencia práctica de la fe doctrinal mediada por los dones del Espíritu Santo, que obra en el alma de Catalina para ayudar a que el Papa sepa lo que debe *hacer* hic et nunc a partir de lo que él *es*. ¿Cuál es, pues, la doctrina acerca del Papa que está detrás de esta actividad carismática de la Santa de Siena? A partir de lo dicho ya comprendemos que esa doctrina la vamos a encontrar en los textos que reflejan esa relación de Catalina con el Papa o recogen la oración contemplativa de la Santa a su Señor.

Si tuviéramos que resumir en una palabra lo que es el Papa para Santa Catalina, echaríamos mano de su misma expresión: para la Doctora de Siena, el Papa es «Cristo *in terra*», «el dulce Cristo en la tierra», como dice en otras ocasiones³. Profundicemos un poco en la audaz expresión de la Santa italiana.

Su idea de fondo es bien sencilla y recoge el patrimonio de la fe: el Papa es el Vicario de Cristo. Así lo nombra con frecuencia. Un par de ejemplos:

«Si el *Vicario de Jesucristo* quiere que vaya, hágase su voluntad y no la mía»⁴.

2. Llama la atención que los estudiosos de la Santa —de su espiritualidad y de su teología— se hallan detenido tan brevemente en el papel singular que la figura del Papa ocupa en su visión de la economía histórica de la gracia. La gran edición española del *Diálogo* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos n.º 143, 1955) que tiene una completísima introducción, obra de Angel Morta (pp. 1-164), apenas alude al tema. Citamos por esta edición, que incluye las *Pregbiere ed elezavioni* de la Santa. La cita abreviada es: MORTA, seguido del número de la página.

3. Textos numerosos. Cfr. MORTA, 37.

4. Carta de Catalina al Beato Raimundo de Capua, transcrita por éste en su *Biografía*, III, c. I.

«...el que sea desobediente a Cristo en la tierra, *que hace las veces* de Cristo en el cielo, no tendrá parte en el fruto de la Sangre del Hijo de Dios»⁵.

Por otra parte, la doctrina trinitaria y cristológica de la Santa le hace pasar con toda naturalidad del Papa Vicario *de Cristo* al Papa Vicario *de Dios*:

«¡Oh Amor incomprensible! Tú eres el mismo que envías con angustias y peligros a tu Vicario a reconquistar los hijos que han muerto por haberse alejado de la obediencia de la Santa Madre Iglesia, única Esposa tuya, como mandaste a tu querido Hijo, Salvador nuestro, para librar a los hijos muertos de la pena de la desobediencia y de la muerte del pecado»⁶.

El Papa, en consecuencia se sitúa en la línea de la misión del Hijo por el Padre, y en este sentido la Santa de Siena puede orar al Padre por el Papa, llamándole «*tu* Vicario».

Esa vicariedad que el Papa tiene respecto de Cristo (e incluso del Padre en el sentido apuntado) tiene su fundamento en la sucesión del Apóstol Pedro. Es característico el texto del célebre cap. CXV del *Diálogo*, al que hemos de volver enseguida.

Esta es en sustancia la «dogmática» sobre la función del Papa en la Iglesia que encontramos en Santa Catalina de Siena: *el Papa es en la Iglesia el Vicario de Cristo; y lo es por ser el Sucesor del Apóstol Pedro*. Estamos, pues, ante la sencilla confesión de fe católica respecto del Primado del Papa: esto es lo que hoy como ayer creemos los católicos⁷. En este sentido, la Santa de Siena es un simple testigo de la fe. Pero en sus escritos, y en la realidad de su vida, hay una teología del Papado que demuestra una profundísima comprensión del «significado» pastoral y salvífico que la persona y el ministerio del Papa tienen en la Iglesia. A ello querríamos aludir con la necesaria brevedad.

* * *

La meditación que Catalina hace de la dogmática sobre el Papado, que acabamos de transcribir, le lleva a captar, ante todo, *la estrechísima relación que hay entre el Papa y Cristo*. Este es un punto capital de toda su teología. Vicario de Cristo no es para Catalina un mero título papal. Es mucho más. Catalina conoce muy bien una verdad tradicional que la teología moderna y el Concilio Vaticano II han puesto en especial

5. Carta 207, I, 435 (Citamos las cartas por la edición en tres tomos del *Epistolario*, a cura di V. Mattini, Ed. Paoline, Alba 1966: el primer número corresponde a la carta, el segundo al tomo, el tercero a la página).

6. Oración de Catalina por la Iglesia y el Pontífice: *Elevazioni*, 2 (MORTA, 571).

7. Para una breve síntesis de la doctrina católica sobre el Papa, vid. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, Madrid 1979, pp. 221-248.

relieve: que por la actuación *in persona Christi* tanto los obispos como los presbíteros son, en ese sentido, «vicarios de Cristo»⁸. Los ministros de los sacramentos llenan de admiración y agradecimiento a la Santa sencillamente porque ve en ellos otros Cristos, y les aplica la palabra del Salmo: *No toquéis a mis Cristos*⁹. Pero, para Catalina, el Papa es Vicario de Cristo de una manera sobrecededora: tiene «las llaves de la Sangre de Cristo», dice una vez y otra la Santa de Siena. Este es el momento de transcribir in extenso sus palabras:

«La llave de la Sangre de mi Hijo unigénito abrió la puerta de la vida eterna, que había permanecido cerrada largo tiempo por el pecado de Adán. Pero cuando os di mi Verdad, es decir, el Verbo de mi Unigénito Hijo, sufriendo pasión y muerte, en virtud de mi naturaleza divina unida a la humana, abrió la puerta de la vida eterna.

¿A quién dejó las llaves de esta Sangre? Al glorioso apóstol Pedro y a todos los que le sucedieron y le sucederán hasta el día del juicio, que tienen y tendrán la misma autoridad que tuvo Pedro. Ningún pecado en que puedan caer disminuye esta autoridad ni quita nada a la perfección de la Sangre ni a ningún otro sacramento. Porque ya te dije que este Sol no se manchaba con ninguna inmundicia, ni pierde su luz por las tinieblas de pecado mortal que haya cometido el que lo administra o el que lo recibe, porque su culpa en nada puede dañar a los sacramentos de la santa Iglesia ni disminuir su poder. En ellos, sí, disminuye la gracia y aumenta la culpa en quien indigamente lo administra o lo recibe.

Así, pues, el *Cristo en la tierra* tiene las llaves de la Sangre para darte a entender cómo los seglares deben respetar a mis ministros, buenos o malos, y cómo me hiere toda falta de reverencia contra ellos. Te presenté el Cuerpo místico de la santa Iglesia en figura de bodega en la que estaba guardada la sangre de mi unigénito Hijo, por la que tienen valor todos los sacramentos y vida todas las virtudes. A la puerta de esta bodega estaba *Cristo en la tierra*, al que se le había confiado administrar la Sangre y al que toca poner ministros que le ayuden a dispensarla a todo el cuerpo universal de la religión cristiana. El que era aceptado y ungido por El, éste era elegido por ministro mío, y otro no. De él procede todo el orden clerical, y El los pone a cada uno en su oficio para administrar esta gloriosa Sangre. Y como El los ha puesto como coadjutores suyos, así le pertenece corregirlos de sus defectos, y así quiero que sea, pues por la excelencia y autoridad que yo le he dado los he sacado de la servidumbre y de la sujeción a señores temporales. La ley civil nada tiene que ver con ellos para castigarlos; esto pertenece sólo a Aquel al que he puesto para que los mande y gobierne con leyes divinas.

Estos son mis ungidos; por esto dije en la Escritura: *No toquéis a mis Cristos*. De modo que no puede venir a mayor ruina el que se atreve a castigarlos»¹⁰.

Santa Catalina de Siena ve en todos los portadores del ministerio

8. Vid., por ejemplo, Const. *Lumen Gentium*, n.º 27 y *Presbyterorum ordinis*, n.º 2.

9. «Esto hacían estos dulces y gloriosos ministros, de los que quisiera mostrarte la excelencia, además de la dignidad que les di haciéndoles mis Cristos» (*Diálogo*, cap. CXV; MORTA, 401). Vid. también último párrafo del texto referenciado en nota 10.

10. *Diálogo*, cap. CXV; MORTA, 401-402.

eclesiástico (Papa, obispos, sacerdotes) a Cristo que se nos entrega. Todos son de alguna manera *Cristo in terra*. Pero sólo lo son si están unidos al Romano Pontífice, pues a éste y sólo a éste se le han confiado «las llaves de la Sangre». El texto de Mt 16,19 domina toda la meditación de Catalina sobre la función del Papa en la Iglesia. A las «llaves del Reino de los cielos» llama Catalina las «llaves de la Sangre». Su *iter idearum* es nítido: el reino de los cielos ha sido conquistado para nosotros por la Sangre de Cristo. Se entra en él bebiendo esa sangre, que nos da la Redención. Por eso para Catalina el Reino es la «bodega» que guarda la Sangre del Unigénito, y las llaves del Reino son las llaves de la Sangre; «y a la puerta de esta bodega está Cristo en la tierra, al que se le ha confiado administrar la Sangre».

Como vemos, Catalina de Siena, que amaba con locura a la Iglesia, no tiene una espiritualidad «eclesiocéntrica»: su pensamiento se centra en la cristología soteriológica que arranca de la misión del Hijo¹¹. Hoy diríamos que Catalina de Siena tiene una eclesiología «de Iglesia Universal»: contempla a la Iglesia y a su misterio no a partir de las Iglesias locales, sino desde Cristo, Señor de la Historia, que forja en ella su propio Cuerpo, que es la Iglesia. Todo el pensamiento eclesiológico de la doncella de Siena está presidido por la realidad impresionante de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Desde Cristo-Cabeza mira Catalina a la Iglesia-Cuerpo. En esta perspectiva se inscribe la doctrina y la vivencia que Catalina tiene de lo que es el Papa en la Iglesia.

En el vocabulario de que dispone Catalina y en los modelos teológicos que ella recibe de los profesionales de la teología no ocupaba el primer plano el Colegio Episcopal o los colegios presbiterales, que subraya la teología y el magisterio contemporáneos. Incluso alguna expresión de la Santa parece que le lleva a recibir la teoría que hace derivar el Episcopado no de los Apóstoles sino del Apóstol Pedro¹². Pero ella capta con agudeza y profundidad sobrenaturales algo que es indiscutible entonces y ahora: el cuerpo de los ministros del Señor y, con él, el

11. El tema de la Sangre de Cristo es uno de los ejes de la espiritualidad teológica de Santa Catalina. Merece un detenido estudio por sí mismo. El P. Grion ha calificado esa espiritualidad como «mística de la Sangre de Jesucristo en la Trinidad» (Cfr. A. GRION, *S. Caterina de Siena. Dottrina e Fonti*, Brescia, Morcelliana, 1953). Vid. sobre el tema MORTA, 148-152. La teología del Papado de la Santa conecta con este eje central por la vía de «las llaves de la Sangre» entregadas al Papa. Según Morta, 159, en la teología de la Santa de Siena «la Sangre es expresión de la redención operante de Jesucristo y revelación del amor eficiente y providente de Dios sobre el hombre».

12. Me refiero, en el texto de nota 10, a la frase «de él procede todo el orden clerical». Esta era la línea dominante en el pensamiento de San León Magno y en algunos doctores escolásticos, sobre todo San Buenaventura. Cfr. Y. CONGAR, *Eclesiología. De San Agustín hasta nuestros días*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1976, pp. 133-146, y J. LECUYER, *Orientations présentes de la théologie de l'épiscopat*, en «L'Épiscopat et l'Eglise Universelle», Paris, *Unam Sanctam* 39, 1964, pp. 803-811.

Cuerpo que es la Iglesia solo desempeña eficazmente su ministerio y sólo tiene su cohesión si está unido en obediencia y amor al Romano Pontífice, *Cristo en la tierra*, que hace visible al Cristo del Cielo.

* * *

El Papa es Cristo en la tierra y tiene las llaves de la Sangre. Sobre esta afirmación capital descansa toda la doctrina de Catalina de Siena acerca de la función del Sucesor de Pedro en la Iglesia. Podríamos decir que la doncella de Siena ve concentrada en el Papa toda la doctrina de la sacramentalidad de la Iglesia: el Papa es Cristo en la tierra *porque* es el sacramento de Cristo en el Cielo.

Lo primero que de ahí deduce la Santa es una espiritualidad cristiana que tiene como uno de sus momentos esenciales en *el amor y la obediencia al Romano Pontífice*. Impresiona en Catalina de Siena el afecto, el cariño al Papa que transpiran sus escritos y sus obras. No se trata en ella de una obediencia meramente «jurídica». La razón de la obediencia es teológica: el Papa tiene las llaves de la Sangre, es Cristo en la tierra. Amarle es, pues, lo primero y, como consecuencia, obedecerle y orar incesantemente por él. Su existencia es un don de Dios para la Iglesia, lo cual debe suscitar en todo el Cuerpo Místico un gran agradecimiento. Esto aparece, sobre todo, al captar los defectos y las insuficiencias humanas que puede tener el Papa. Oigamos a la Santa:

«Hay algunos que hacen lo contrario. Razonan falsamente y dicen: 'Son tantos sus defectos que no tenemos otra cosa que mal; por eso él no es digno de reverencia ni de que se le ayude. ¡Que fuera lo que debe ser y que atienda a las cosas espirituales y no a las temporales!'. Y así, como ingratos y desconocedores, no le reverencian, ni le obedecen, ni le ayudan... No vemos que nuestra razón es falsa, porque sea como sea, bueno o malo, no debemos retraernos de nuestro deber porque la reverencia no se le hace a él por él mismo, sino a la Sangre de Cristo y a la autoridad y dignidad que Dios le ha dado para nosotros. Esta autoridad y dignidad no disminuyen por ningún defecto que tenga... Además, por su defecto no nos quita la necesidad que tenemos de él; debemos ser agradecidos y reconocidos, haciendo lo que se pueda hacer en beneficio de la Santa Iglesia y por amor de las llaves que Dios le ha dado»¹³.

Es, en definitiva, el amor a Cristo el que se proyecta en el amor y la obediencia al Papa, más allá de todos los defectos:

«Lo que le hacemos a él, se lo hacemos al Cristo del Cielo, sea reverencia, sea vituperio lo que hacemos»¹⁴.

13. *Carta* 311, I, 420.

14. *Carta* 207, I, 436.

Cualquiera que sea el Papa, la actitud de Santa Catalina es siempre la misma:

«Humildemente quiero que pongamos la cabeza en el regazo de Cristo en el Cielo con afecto y amor, y de Cristo en la tierra, que hace sus veces, por reverencia a la Sangre de Cristo, de la que él tiene las llaves»¹⁵.

En ese amor y obediencia de raíz cristológica Catalina incluye al Papa con todos los demás pastores. Lo dice con su energía habitual:

«Yo os digo que Dios lo quiere y así lo tiene mandado: que aunque los Pastores y el Cristo en la tierra fuesen demonios encarnados y no un padre bueno y benigno, nos conviene ser súbditos y obedientes a él, no por sí mismos (*non per loro in quanto loro*), sino por obediencia a Dios, como vicario de Cristo»¹⁶.

Este amor y esta delicada obediencia al Papa, apoyadas de manera tan inquebrantable en el misterio de Cristo, son precisamente las que van a permitir a la doncella de Siena dirigirse al Papa en términos tremendos, duros sólo en su apariencia, pues en realidad proceden del amor y del respeto que la Santa tiene al dulce Cristo de la tierra. Pero esta consideración nos obliga a dar un nuevo paso en la teología del Pontífice de Roma que encontramos en el *Diálogo* y el *Epistolario* de Catalina.

* * *

Si la consideración del Papa como *Cristo in terra* tiene estas graves consecuencias para el pueblo cristiano, no menos graves son las que tiene para la persona misma del Papa. Podemos resumirlas en estas palabras de la Santa, dirigidas a Gregorio XI: *Voi, Vicario suo (de Cristo), dovete fare l'officio suo*¹⁷.

La tensión *Cristo in terra*—*Cristo in celo* debe llevar al Papa —dice Catalina— a mirar la Iglesia como la mira Cristo, es decir, como su Esposa. La Santa de Siena pasa de la consideración de la Iglesia-Cuerpo a la de la Iglesia-Esposa con la misma naturalidad que San Pablo en la carta a los Efesios 5, 22-23 y con el mismo movimiento de ideas. La imagen Iglesia-Esposa, según los teólogos¹⁸, subraya la alteridad entre Cristo y la Iglesia y la responsabilidad llena de amor que Cristo tiene por su Esposa. Esta tiene que ser, según Santa Catalina, la actitud del Papa hacia la Iglesia.

15. Carta 28, I, 549.

16. Carta 407, I, 436.

17. Carta 218, I, 64.

18. Vid., por ejemplo, M. SCHMAUS, *Katolische Dogmatik*, III/1: *Die Lehre von der Kirche*, München, Max Hueber Verlag, 1958, pp. 314-329.

«Vos sabéis bien, Santísimo Padre, que así como tomasteis por Esposa a la Santa Iglesia, así os comprometisteis a trabajar por ella»¹⁹.

Ese trabajo tiene que reflejar el modelo de Cristo que «amó a la Iglesia, y se entregó por ella para santificarla» (Eph 5, 25-26). Bajo este prisma del Papa, Esposo de la Iglesia, Santa Catalina va a desarrollar en trazos impresionantes toda una «pastoral» del ministerio del Papa, Cristo en la tierra, sacramento del Cristo del Cielo.

En efecto, es ante todo esta responsabilidad pastoral del Papa lo que Catalina contempla cuando escribe a Gregorio XI y a Urbano VI. Su oficio, unido a las peculiares circunstancias de la época, pide en el Papa una fe viva en Cristo y, como consecuencia, en el tremendo poder que Cristo mismo ha puesto en las manos del Romano Pontífice. Esa fe debe llevar al Papa a tener la valentía y la fortaleza de ejercerlo, aunque se vea constreñido por todos sus enemigos. Por eso Catalina se permite animar al Papa y recordarle su grave responsabilidad:

«... no sois pobre, sino rico, puesto que lleváis en la mano las llaves del cielo: a quien abríis se le abre, y a quien cerráis se le cierra; no haciéndolo, recibiríais la reprensión de Dios. Yo, si estuviese en vuestro lugar, temería que el juicio divino no viniese sobre mí. Os ruego dulcísimamente de parte de Cristo crucificado, que seáis obedientes a la voluntad de Dios; sé que no queréis ni deseáis otra cosa que hacer su voluntad, para que no os caiga aquella dura reprensión: 'Maldito seas, porque no has aprovechado el tiempo y la fuerza que te fueron encomendadas'»²⁰.

La dialéctica *Cristo in terra-Cristo in celo* es el criterio que, según Catalina de Siena, debe presidir el ejercicio del ministerio pastoral del Papa. Por eso, la fe cuajarán en valentía y fortaleza si está animada por la caridad. Así se lo dice a Urbano VI:

«Os escribo en la preciosa Sangre de Cristo con el deseo de veros fundado en la verdadera y sólida caridad, para que así, como buen pastor, pongáis la vida por vuestras ovejas. En verdad, Santísimo Padre, sólo aquel que está fundado en caridad es el que se dispone a morir por amor de Dios y salvación de las almas»²¹.

Y esta caridad pastoral lleva efectivamente a estar dispuesto a morir antes que a traicionar a Cristo.

«¡Animo! y a dar la vida por Cristo, ¿o es que no tenemos sólo un cuerpo? ¿Por qué no dar la vida mil veces, si hiciera falta, en honor de Dios y salvación de sus criaturas? Eso es lo que él hizo: y vos, vicario suyo, debéis hacer su oficio. Esta es la costumbre, que, si está el vicario, siga los pasos y las maneras de su señor»²².

19. *Carta* 252, I, 88. «Restaurador de nuestra salud, haz que este nuevo Esposo de tu Iglesia (Urbano VI) sea siempre conducido por tu consejo y solamente promueva, acepte y escuche a los que son limpios y puros» (*Elevazioni*, 4; MORTA, 575).

20. *Carta* 255, I, 93.

21. *Carta* 291, I, 103.

22. *Carta* 218, I, 64.

Es de sobra conocido cómo el contexto de la relación de Catalina con los Papas es Avignon; pero es, sobre todo, la gran cuestión de la reforma de la Iglesia *in capite et in membris*. La mirada profunda de Catalina llega hasta las raíces del mal que agobia a la Esposa de Cristo. No se queda por tanto en meras reformas exteriores. Si el Papa ha de emprender la reforma de la Iglesia tiene que empezar por reformarse a sí mismo. Y la Santa explica cuál es el campo de esa batalla: la lucha interior, la batalla del Papa por crecer en amor de Cristo y por desterrar el vicio, ante todo en su propia vida personal: *in voi, dico, perchè in questa vita veruno è senza peccato*²³. Con una dulzura tan conmovedora como la fortaleza de que se acompaña, Catalina escribe a Urbano VI:

«Entrad sin temor en esta batalla, porque en la batalla hay necesidad del arma de la divina caridad. Ya os dije que yo deseaba veros vestido de esta dulce y regia vestidura para que os encontréis bien seguro y animado a combatir por la gloria y alabanza de Dios y salud de las almas. Escondeos dentro del costado de Cristo en la Cruz, que es un refugio...; bañaos en su Sangre dulcísima»²⁴.

Podría hacerse, a partir del Epistolario de la Santa, todo un florilegio de textos en los que Catalina exhorta al Papa a practicar las virtudes propias de la vida cristiana y las más específicas de los Pastores en la Iglesia. Destacan, entre estas últimas, la justicia unida a la misericordia propia de un Padre que conoce la debilidad de sus hijos, pero que no le impide castigar cuando es necesario²⁵; la fortaleza fruto de la humildad, que Dios concede a quien «ha conceputo odio alla propria sensualità»²⁶; y de manera muy especial, la prudencia: «una prudenzia con uno lume dolce di verità»²⁷, que hará que sus decisiones sean llevadas adelante con «fermezza fondata in verità»²⁸. Así —dice a Urbano VI—, «con el celo y el deseo de la virtud y de la reforma de la Santa Iglesia adquiriréis un corazón varonil fundado en la verdadera humildad»²⁹. Una consecuencia importante de este «estilo» pastoral del Papa, será, según Catalina, el criterio sobrenatural con que elegirá sus colaboradores³⁰ y el discernimiento que habrá de aplicar a los consejos que reciba:

«Me parece —dice a Urbano— que el consejo de los buenos mira sólo al honor de Dios, a la salvación de las almas, y a la reforma de la Santa Igle-

23. *Carta* 305 (a Urbano VI), I, 115.

24. *Carta* 306, I, 121.

25. Cfr. *Carta* 291 (a Urbano VI), I, 104.

26. *Carta* 351 (a Urbano VI), I, 128.

27. *Carta* 370 (a Urbano VI), I, 137.

28. *Ibidem*: «accioché nel cospetto di Dio e degli uomini sempre apparisca una fermezza fondata in verità, siccome debbe fare il vero Santo Pontifice».

29. *Carta* 364 (a Urbano VI), I, 134.

30. *Carta* 109 (al Nuncio Apostólico), I, 250: «E quando verrà il tempo di fare li pastori e' cardinali, che non si facciano per lusinghe né per denari né per simonia: ma pregatelo quanto potete, che egli attenda e miri se trova la virtù e la buona e santa fama nell'uomo...».

sia, y no al amor propio. Este es el consejo que hay que seguir, y no el de aquellos que aman sólo su vida, sus honores, su posición y sus comodidades: porque el consejo de éstos va en la dirección en la que tienen puestos sus amores»³¹.

* * *

En la pastoral del ministerio del Papa que encontramos en Santa Catalina de Siena se aúnan, pues, los dos polos que atraviesan todo el misterio de la Iglesia: el don de Dios y la libertad del hombre. En el caso del Papa: el tremendo poder de «las llaves de la Sangre», que objetivamente está en cada Sucesor de Pedro, y la exigencia —tremenda también— de santidad personal, de libre correspondencia a la gracia y al don ministerial, sin la cual no cabe digno ejercicio del poder de las llaves.

Cada uno de esos dos polos provoca en Catalina su propio efecto: la grandeza de las llaves lleva a la Santa al amor y a la obediencia, al agradecimiento, a la más inquebrantable lealtad al Romano Pontífice, que es *siempre* para Catalina *Cristo en la tierra*. Pero la exigencia de santidad y entrega que Cristo pide al Papa engendra en la doncella de Siena una oración constante por el Papa³², un deseo de mortificación por él³³, para que corresponda a las llamadas de Cristo en el Cielo: en este sentido, como en tantos otros, el *Diálogo* y el *Epistolario* dejan sobrecogido al lector.

Pero esta segunda dimensión del misterio, al poner en juego la libertad personal del Sucesor de Pedro, hace que el carisma de Catalina le lleve a dirigirse al Papa incitándole a la fidelidad. Catalina no sólo reza por el Papa, sino que le habla y le recuerda quién es y la responsabilidad de su oficio. Es este tal vez el aspecto de sus escritos que hoy se nos aparece con una luz especialmente profética. En medio del clima de protesta y de crítica al Romano Pontífice, que de manera irresponsable se ha extendido entre muchos que tendrían que ser los más fieles oyentes y ejecutores de su palabra, la voz y la vida de Catalina de Siena marcan

31. *Carta* 231 (a Gregorio XI), I, 70-71.

32. A) «Abre los ojos de tu Vicario en la tierra para que no te ame a Ti por sí, ni a sí mismo por sí, sino que te ame a Ti por Ti y a sí mismo por Ti: porque cuando te ama a Ti *por sí*, todos padecemos, ya que en él están nuestra vida y nuestra muerte y tiene él el cuidado de recogerlos a nosotros, ovejas que perecemos. Si se ama a sí mismo por Ti y a Ti por Ti, vivimos, porque del Buen Pastor recibimos ejemplo de vida» (*Elevazioni*, I; MORTA, 569).

33. B) «Si es tu voluntad, tritura mis huesos y mis tuétanos por tu Vicario en la tierra, único Esposo de tu Esposa, por el cual te ruego de dignes escucharme: que este tu Vicario considere tu voluntad, la ame y la cumpla para que no perezamos. Dale un corazón nuevo, que crezca continuamente en gracia, fuerte para levantar el pendón de la Santísima Cruz, a fin de que los infieles puedan participar, como nosotros, del fruto de la pasión, la sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado» (*Ibidem*).

el camino: Catalina ni juzga ni critica, Catalina ama y obedece, y en medio de su amor y de su obediencia habla al Papa *reconfortándole, animándole*, a veces con palabra fuerte, pero siempre con un servicio lleno de delicadeza y entrega. Su palabra es tan auténtica como su amor:

«Perdonadme, perdonadme —le escribe a Gregorio XI—. El gran amor que tengo a vuestra salvación y el gran dolor cuando veo lo contrario, eso es lo que me hace hablar... Proceded de manera que no tenga que apelar de vos a Cristo crucificado, que a otro no puedo apelar, pues no hay mayor que vos sobre la tierra. Permaneced en la santa y dulce caridad de Dios. Humildemente pido vuestra bendición, dulce Jesús, Jesús amor»³⁴.

El Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, captó de manera profunda, en su doctrina y en su vida³⁵, el carisma de Santa Catalina de Siena y lo expresó de manera magistral en estas sintéticas palabras: «Dilexit opere et veritate Ecclesiam Dei ac Romanum Pontificem»³⁶.

Esta teología del amor al Papa, que Catalina ha elaborado con su palabra y, sobre todo, con su vida y con su muerte, es, a mi parecer, una verdadera necesidad para la Iglesia de hoy. La Iglesia Católica, incluso todas las confesiones cristianas, miran con nueva mirada al Sucesor de Pedro. Hoy no hay que recuperar al Papa desde Avignon a la Iglesia de Roma, sino que desde Roma se dirige a la Iglesia y al mundo: Cristo en la tierra camina hoy por todos los continentes; sus viajes apostólicos aprietan a las Iglesias en el Cuerpo Místico, «que también es el cuerpo de las Iglesias»³⁷. Su palabra y su entrega hasta la muerte³⁸, como pedía Santa Catalina, harían gozar hoy a la doncella de Siena. La cuestión de alguna manera se ha hecho inversa: hoy lo que se hace urgente es que en toda la Iglesia —Pastores y fieles— el Espíritu del Hijo, por la intercesión de Catalina, levante un oleaje de amor y de lealtad práctica a *Cristo en la tierra*: gentes, hombres y mujeres que amen a la Iglesia y al Papa con obras y de verdad.

P. Rodríguez
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

34. Carta 255, I, 93.

35. Vid. C. BURKE, *El amor al Papa en la doctrina y en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Scripta Theologica», 13 (1981) 925-936.

36. Las palabras citadas son la inscripción que el Fundador del Opus Dei hizo poner sobre un relicario con reliquias de Santa Catalina.

37. Const. *Lumen Gentium*, n.º 23.

38. Piénsese en los intentos de asesinato de Pablo VI en Manila y de Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro Vaticano.

